

Santiago López Castillo

*Donde moran
y mueren*

algaida



Primera edición: 2012

© Santiago López Castillo, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-779-6

Depósito legal: SE-2654-2012

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I	9
II	17
III	23
IV	33
V	41
VI	53
VII	63
VIII	71
IX	83
X	91
XI	97
XII	105
XIII	113
XIV	121
XV	129
XVI	139
XVII	149
XVIII	159
XIX	169
XX	177
XXI	185
XXII	193
XXIII	201
XXIV	207
XXV	215
XXVI	223

XXVII	231
XXVIII	237
XXIX	241
XXX	247
XXXI.....	255
XXXII	263
XXXIII	269
CODA	275

I

EL DIRECTOR ES GORDO Y LIRONDO. HACE CUCAMONAS a los nuevos residentes y en especial a los familiares, que llegan con ojos de descargo de conciencia y, sobre todo, por aliviarse el peso del abuelo. El director, con su tripa de tonel, se sube el pantalón a impulsos y los lleva a las habitaciones, a modo de ejemplo, que, todo sea dicho, brillan más que el sol. Después les pasa por caja, hay que dar una cantidad por adelantado, tal que trescientas mil de las antiguas pesetas, que se reintegrarán cuando el viejo o vieja se haya ido a la puta calle, de las que habrá que descontar el tanatorio, el mantenimiento del cadáver, y los papeles de enterramiento. Vamos, lo comido por lo servido. Ante tal tesitura, los hijos dicen que sí, no faltaba más, el final nunca llega, queremos lo mejor para mi padre/madre/tío/tía, sea quien sea siempre y cuando nos dejen el testamento a nuestro favor. Hechos los trámites, e internado el familiar, si te he visto, no me acuerdo. Con Dios. O hasta que Dios diga.

Es una escena que se repite al más mínimo vacío de habitación. ¿Hay habitaciones...?, pregunta el hijo harto del padre, con el mismo desdén que un turista en el mostrador de un hotel de la costa. Lo psicológico es responder que está lleno, como las plazas de toros con cartel, y luego quedan dos barreras. Le avisaremos, y le avisan, ¿su cuenta corriente...?

—Un lujo a su alcance.

—Gracias.

—De nada.

Juana es una buena mujer que va en silla de ruedas. La pierna derecha la tiene partida y su extremo es un muñón envuelto en un calcetín blanco y reposa sobre una plataforma. Podría decirse que Juana es una paticoja, sí, pero el adjetivo le sería más propio si fuera pina aunque con calza. No es el caso. Como tampoco el de Laly, otra señora que tiene amputadas las dos piernas. Sonríe al personal de servicio cuando la llevan al comedor e inclina reverenciosa la cabeza a algunos residentes, se cree que va en una silla gestatoria, pero los ancianos están mucho más *p'allá* que *p'acá*, e incluso en el otro mundo en el que se sólo se habla el alemán del *alzheimer*. Laly, muy aplicada en la llamada terapia ocupacional, vino, casualmente, a sustituir a Juana, que se fue una noche al hospital y no volvió. Tenía cáncer óseo.

Llama mucho la atención, por otra parte, Graciana. Es almeriense y pesa lo que diez ancianas juntas. A la hora de acostar, que es antes de que las gallinas se suban al palo

del gallinero, le procuran una grúa hospitalaria, tal que la de los camiones para carga y descarga en las obras de construcción. Luego está María, una castiza madrileña de la plaza de Cascorro, que sí sabe quién era Cascorro, coño, el de la lata, pero desconocía su hazaña y no sabía, la pobre, que se llamaba Eloy Gonzalo y que fue un héroe en la guerra de Filipinas.

—¿Cómo se llamaba Cascorro...?

—Y yo qué sé. Un tipo cojonudo y valiente —con-
testa con su lengua de asperón.

También, a la vista, están dos hermanas solteras que trabajaron de funcionarias en sindicatos, los verticales, en Recoletos, y se quedaron para vestir santos, decisión respetable a tenor de tanta cornamenta como se ocultaba en aquellos años con paños morados en imágenes de Semana Santa. Una se llama María José y la otra, Eudovigis, la madre que la parió. María José sigue pensando, a sus ochenta y pico de años, que todos los fines de semana hay baile en el salón. Lo anuncian supuestos carteles de la residencia. Y que vendrán guapos mozos a sacarlas a bailar. Se preocupa por si hay que pagar la entrada o la salida. Ella, María José, que es la menor, dice no tener dinero y que no quisiera defraudar las expectativas de los pretendientes. El resquicio de amor llega en el último momento. A los dos meses, sin oficio ni beneficio, todas/dos quedan para vestir santos, porque ni se ha bailado la peonza y mucho menos en la tierra de las mil danzas. De modo que todo queda como está. Ese salón azulón turquesa de ribetes dorados,

con cuadros torcidos, de supuestos óleos, con Antonio, el de Estremera, sacándose la chorra por el pasillo, por Dios... «Ni por Dios ni por la Virgen María, me sale de los huevos», exclama tirándose al suelo. Hasta que se lo llevaban a sus aposentos, que comparte con Marcelo, y que, menos mal, es sordo como una tapia.

La residencia tiene una entrada por la cafetería. La principal, la que no se usa apenas, es pomposa, pintada con purpurina y tiene puerta corrediza automática por la que acceden las ambulancias. La usual sitúa en la barra a algunos albañiles que hacen chapuzas por la urbanización y piden botellines para refrescarse con panchitos. Junto a ellos, pero sentado a una mesa está Quintín. Un fijo que frisa los noventa y pasa las mañanas echando cigarrillos; primero con un café y después, antes de la comida, con un par de vinos, que el médico le ha rebajado a un mosto. Quintín, el hombre, apenas ve, marca los pasos como Chaplin, a las tres menos cuarto, y le gusta ser el primero en el comedor. Monta el pollo con las empleadas. Es chico en estatura pero bravo en el castigo, además de castizo. Tuvo una imprenta por la madrileña calle del Plomo, donde se cocía el personal obrero y revolucionario. Un día en que usted, como todos los días, sin faltar ninguno, fue a ver a su madre, le preguntó a Quintín si sabía quién había inventado la linotipia. Como no veía apenas, se metió una calada del pitillo entre pecho y espalda.

—¡Ni hostias!

Su hijo, que estaba a su lado, me preguntó:

—¿Es usted tipógrafo?

—No, soy periodista y escritor, y salgo en la tele.

Le dije a Quintín, sordo como una tapia, que el inventor era Mergenthaler, un relojero alemán que, además de poner los días en hora, supo colocar las letras del revés en plomo fundido para luego reproducir las palabras del derecho en el papel.

Quintín tenía un compañero que echaba la mañana en cigarros y en vasos de vino peleón. Era joven, el compañero, se entiende, no me diga cómo se llamaba porque nunca le llamaban por su nombre. El impresor le decía «oye, tú». Y hablaban de tú a tú de la guerra, si bien el camarada de cháchara sólo había oído la contienda por referencias familiares. De derechas. Estaba soltero. Quintín, no; Quintín tenía dos hijos, un chico —al que he hecho referencia antes— y una chica, que solían ir a verle de cuando en cuando. Los dos residentes se enzarzaban en discusiones exhibiendo el anciano sus dotes de rojo recalcitrante.

—Y los del PSOE son unos canallitas... ¡Me cago en la hóspera!

Verles frente por frente en la misma mesa de la cafetería era una escena reconfortante. Hasta que, de pronto, un buen día Quintín se quedó más solo que la una. El colega murió. Cuando fueron a levantarle las auxiliares estaba más tieso que la mojama. Se supo después el nombre completo: Arturo Reverter y Betancourt. De 45 años, na-

tural de Torrijos (Toledo) y su mal fue un mal de ausencia que trató de cubrir con la heroína...

Los fallecimientos en la residencia «La Primorosa», un lujo a su alcance, se llevan con absoluto sigilo. En una dependencia colindante está el tanatorio. Ponen el cadáver, lo adecentan, y el que quiere echar un responso, lo echa. No hay capilla porque la muerte, como puso un alcalde socialista de Guadalajara en el camposanto de su pueblo, nos iguala a todos. Es la triste realidad. Aquí las personas aguardan su turno. Hacen gestos de supervivencia y también de absoluta entrega hacia la otra vida. El gordito director, que está en su negocio, son varios socios, pasa por los salones del establecimiento de ancianos sonriendo y subiéndose los pantalones a medida que saluda a los residentes.

—¿Qué tal, Pilar...? ¿Qué tal, Francisca...? ¿Qué tal Asunción...?

Y así, sucesivamente, pasa revista. La que más agradece su afecto —porque sí parece una buena persona— es Pilar, que es paisana de él. De Maderuelo, provincia de Segovia. Pilar frisa los 98 y diríase que está como una rosa. Pero como es pequeña, una rosita o como un capullo en flor o un aromático pétalo, y no derive usted en más comparaciones o metáforas a tan respetable edad y meta la pata. Anda por sus medios, lleva un bastón a modo de ayuda y siempre que llega la hora de comer o cenar, se levanta y va a orinar, no dice servicio porque lo más que ha tenido ha sido una asistenta. Suele leer las revistas del co-

razón que caen en sus manos y ve las letras gordas y las estampas coloreadas. De vez en cuando pregunta:

—¿Cómo va España...?

—Mal —le responde su hijo cuando va a verla, que es todos los fines de semana.

—¡Zapatiesto, canalla!

Luego usted, cuando visita a su madre, le cuenta que unos menores han matado a una chica de catorce años, la han violado, luego le ha pasado un coche por su cuerpo y finalmente la han quemado.

—En dos años, a lo sumo, están en la calle —le advierte usted a ella.

—¡Canallas, más que canallas...!

Y se santigua. Es muy religiosa. Cohabita con una señora que tiene la cabeza como una bola de billar y a las dos de la madrugada se subleva contra ese alemán que le ataca y tiene un nombre muy complicado pero que te vuelve más loco que la Gestapo. Se la han cambiado por una mujer flaca, flaquísima. Vive en estado vegetal, no dice ni pío, y sobre su frágil espalda cuelga una trenza cana y aderezada que realza su belleza primitiva, pues no en balde, dicen, fue actriz y modelo codiciada. Hasta que nos ha dejado. No somos nadie.

Laly, pues, ya no está en el reparto de la residencia. Se fue haciendo mutis por el foro. También Francisca, una enjuta y buena mujer que se pasaba los días aferrada a su marido, un malaje gritón que la insultaba desafortunadamente.

—¡Déjame so puta! ¡Muérete ya!

(Los hijos se presentaban en la residencia cuando les dejaban los negocios. Hasta que murió). *Amen.*